Número 1593 ● Sábado 14 de noviembre de 2026

Tres Mil

REVISTA CENTROAMERICANA DE ARTE Y CULTURA | FUNDADA EN 1990
Director: **Otoniel Guevara** | Subdirectora: **Karen Ayala**

La paradoja salvadoreña

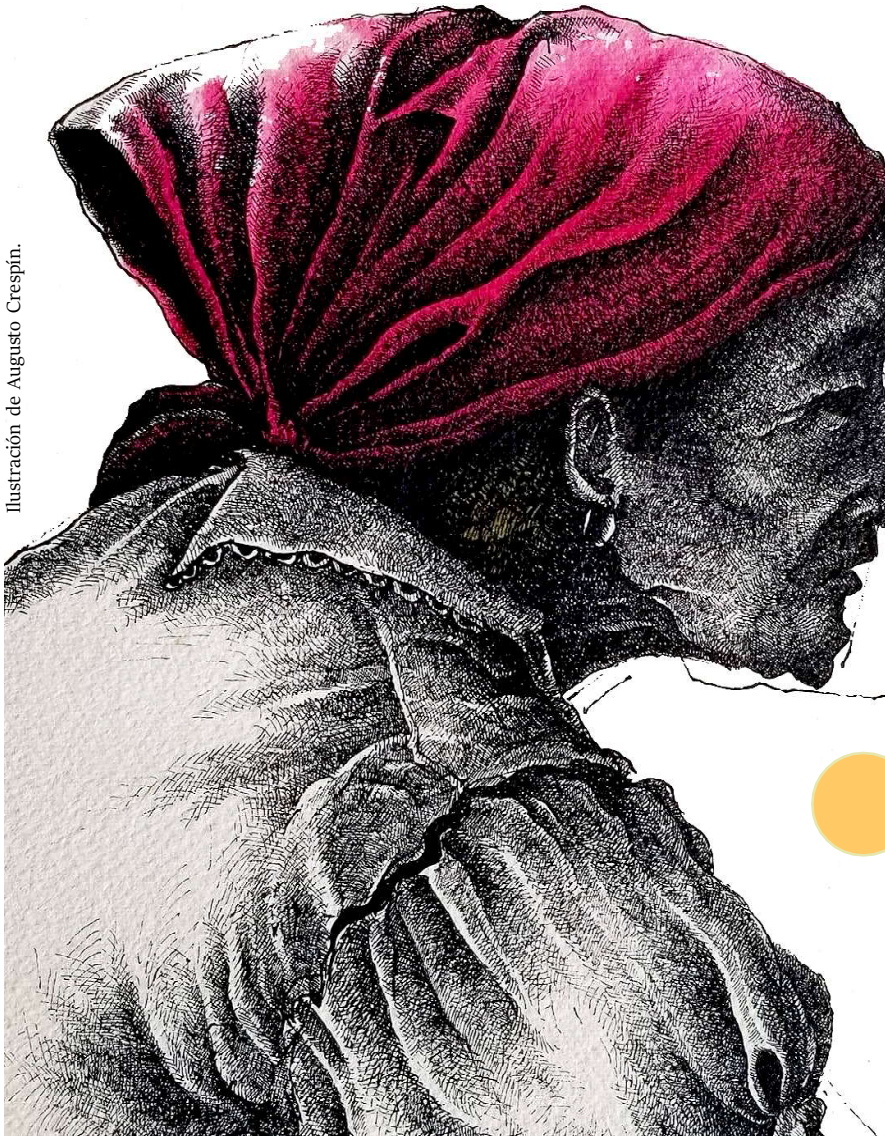


Ilustración de Augusto Crespín.

Si el régimen es incapaz de democratizar la economía y garantizar la justicia básica, la misma naturaleza libre e igualitaria que un día toleró al caudillo para que impusiera el orden, será la que alimente y masifique la resistencia en las calles.

— Carlos Ábrego

Tres Mil

REVISTA CENTROAMERICANA
DE ARTE Y CULTURA
FUNDADA EN 1990

DIRECTOR
Otoniel Guevara

SUBDIRECTORA
Karen Ayala

CONSEJO EDITORIAL
Daisy Zamora
Óscar Flores López
Guillermo Acuña
Vladimir Baiza
Rudy Gomez

REFERENTES
Argentina **Marta Miranda**
Dominicana **Leonardo Nin**
Estados Unidos **Juana M. Ramos**
Francia **Carlos Ábrego**
Italia **Rocío Bolaños**
Panamá **Consuelo Tomás**
Paraguay **Norma Flores Allende**
Uruguay **Gustavo Wojciechowski**

COLABORADORES ESPECIALIZADOS
Francisco Alejandro Méndez †
Carlos Cañas Dinarte
Rafael Paz Narváez
Javier Fuentes Vargas
Gaetano Longo
Álvaro Mata Guillé
Matheus Kar
Alberto Pocasangre
Vladimir Amaya

COLABORADORES GRÁFICOS
Gonzalo Fragui
Luis Galdámez
Ulises Palacios
Augusto Crespín
Isaías Mata
Eduardo Rodríguez

Revista TresMil
no se compromete a publicar
colaboraciones no solicitadas.

PALABRAS

Fresco de carao con leche

Veo el cielo y es totalitariamente hermoso. A las cinco y media de la tarde se salpica de pájaros al mismo tiempo que comienzan a vibrar las estrellas. El mundo está lleno de desgracias, pero es bello. Cuando se está comprometido con el amor y la belleza, estas le salen a uno al paso, como cadejos protectores.

La historia, esa vieja escandalosa que no sabe morir, nos ha metido en un lío tremendo. La proliferación del fascismo, posible gracias a la estupidez humana, como lamentara un personaje de Akira Kurosawa, ha comprometido millones de vidas y se ha llevado cientos de miles en conflictos tan innecesarios como malignos.

Resulta que haciendo un paseo por redes sociales me encontré con abundantes anuncios para estar «preparados». Algunos abiertamente hablan de precauciones en caso de una bomba nuclear, otros de problemas con el clima, otros advertían de sospechosos apagones de tres días o más. ¿Qué saben algunos que nosotros no estamos esterados? Corrió el rumor de que tras las elecciones en los Estados Unidos, tan abrumadoramente perdidas por el team rojo-naranja, el señor presidente tramaba lanzar una bomba nuclear sobre Irán. Aparecieron noticias de gobiernos de muchos países advirtiendo a sus ciudadanos -residiendo o visitando el país persa- que buscaran salir de él de inmediato. La cosa se veía seria, mortalmente seria.

¿Qué podemos hacer, aparte de morir o sobrevivir de formas inútiles, en caso de un desastre nuclear? ¿Tenemos opciones o simplemente volveremos a estar inmersos en una infinita neblina tóxica durante siglos? Al parecer, lo poco que podemos hacer debemos hacerlo de inmediato, rápido y con buena letra.

Lo primero que debemos considerar son las maneras en que manejamos los contratos sociales. Al parecer ese jueguito de las elecciones burguesas ya dio todo lo que tenía y de sobra, pues ahora, gracias a las inteligencias artificiales que son capaces de alterar resultados electorales a favor de esta derecha fascista, tenemos en el poder a dantescas criaturas que combinan sadismo, crueldad, inhumanidad y demencia, como nos ilustran los impresentables Milei, Aspriella y Bukele, a quienes se suman los impopulares Kast, Peña, Fujimori y otras acémilas en América Latina.

La respuesta no es electoral, ese ingenioso jueguito acabó con el espíritu y el prestigio de las pocas izquierdas decentes del continente, que, por ganar elecciones, tumbaron el ideario revolucionario socialista y se convirtieron en inocuas maquinarias electorales, en perjuicio de los auténticos desposeídos.

Sospecho que la solución pasa por estudiar profundamente y sin fanatismo el pasado, corregir con valentía lo presente y movilizarnos hacia la solución de los retos actuales sin dejar de lado ninguna herramienta y luchando con tesón en todos los frentes que existan y aparezcan.

Mientras, no dejemos de disfrutar del silencio, la lectura, la música y el fresco de carao con leche, o lo que a cada quien le apetezca de este mundo maravilloso y sencillo.

Nuestro correo:
administracion@revistaculturaltresmil.org

3-4 La paradoja salvadoreña • CARLOS ÁBREGO
5-7 Ovejas negras • MATHEUS KAR
7 En el cielo de tus ojos • TAREK WILLIAM SAAB
8 Desobediencia títere • RAFAEL PAZ NARVÁEZ
9 Radiografía • ALAN CUBÍAS



La paradoja salvadoreña

UNA SOCIEDAD QUE AMA LA LIBERTAD SE SOMETE A UN CAUDILLO

Escribe: Carlos Ábrego

Para entender el fenómeno de El Salvador contemporáneo hay que alejarse del ruido de las redes sociales y de la propaganda oficial. El verdadero motor de su transformación, y también de sus futuras tormentas, no está en los despachos presidenciales, sino en una estructura mucho más antigua y profunda: el hogar salvadoreño.

El célebre antropólogo francés Emmanuel Todd postuló que las ideologías de los países son, en realidad, el reflejo a gran escala de sus sistemas familiares. En El Salvador predomina la **familia nuclear igualitaria**. Es un modelo con dos reglas invisibles pero sagradas: los hijos se independizan temprano (eje de la libertad) y la herencia se reparte en partes iguales entre los hermanos (eje de la igualdad). Esta matriz cultural moldea una sociedad con una aspiración «genética» hacia la justicia horizontal y un rechazo histórico a la autoridad abusiva o perpetua.

Aquí estalla la gran paradoja del presente: ¿cómo un pueblo cuyo patrimonio cultural está orientado hacia la libertad y la igualdad terminó respaldando masivamente un régimen hipercentralizado y un Estado de excepción permanente?

Al final del día, los pueblos que llevan la libertad y la igualdad en su patrimonnio cultural pueden prestar su soberanía por cierto tiempo para resolver el caos, pero nunca, bajo ninguna circunstancia, la regalan para siempre.

El caudillo como «árbitro» de la igualdad

La respuesta no es la sumisión ciega, sino un pacto pragmático de supervivencia que nace de la propia estructura familiar. A diferencia de otras culturas con redes de parentesco gigantescas, la familia nuclear es pequeña y frágil. Cuando el flagelo de las pandillas (maras) sitió la intimidad de los hogares, la sociedad entró en un estado de caos y desamparo.

Ante el colapso de las instituciones democráticas tradicionales —diputados, alcaldes y jueces percibidos por décadas como élites corruptas que rompían la igualdad ciudadana—, el inconsciente colectivo (dicho de otra manera, la falsa consciencia) activó una figura conocida en la historia latinoamericana: el caudillo.

En una cultura igualitaria, el «hombre fuerte» no es invocado para oprimir, sino para actuar como un árbitro supremo. Su función es «nivelar el terreno», sometiendo a las fuerzas criminales o fácticas que impiden que los ciudadanos de abajo vivan en paz. Esta misma lógica explica por qué las encuestas históricas del Instituto de Opinión Pública de la UCA (IUDOP) siempre situaron al Ejército en la cima de la confianza institucional: se lo percibía como una fuerza vertical, ajena a las mezquindades de los partidos.

El actual régimen salvadoreño leyó a la perfección esta psicología. El ciudadano no se arrodilló ante el poder; simplemente firmó un contrato: cedió temporalmente sus libertades individuales a cambio de una necesidad primaria: la seguridad para su familia.

Del espejismo económico a la realidad del bolsillo

Sin embargo, los liderazgos basados en la eficacia tienen una fecha de caducidad implícita: el momento en que las promesas chocan con el plato vacío en la mesa del comedor y se derrumba la ilusión de igualdad. Hoy, El Salvador vive una profunda dualidad. Por un lado, la pacificación de las calles ha reactivado de forma inédita el turismo y la construcción, llevando al Banco Mundial a proyectar un crecimiento del PIB cercano al 4.5%. Pero en las venas del país, la salud financiera es alarmante, exhausta.

La deuda pública ya supera los $35,267 millones de dólares —más del 90% del PIB— y un tercio de ese dinero ($11,874 millones) se ha sostenido confiscando recursos del propio fondo de pensiones de los trabajadores. Para calmar a los mercados



«Asustada», ilustración de Óscar Soles

internacionales y buscar el oxígeno del Fondo Monetario Internacional (FMI), el gobierno ha aplicado una austeridad selectiva: despidos masivos en el sector público y recortes drásticos en los presupuestos de Salud y Educación.

Como resultado, la economía ya desplazó por completo a la seguridad como la mayor preocupación nacional en los sondeos de opinión. Con una canasta básica por las nubes, el 60% de la población se ha visto obligada a cortar su consumo de alimentos esenciales. Aquí es donde el pacto del «árbitro igualitario» se desvanece: la fuerza punitiva del Estado se concentra en los barrios marginales, mientras que la vieja oligarquía financiera y las nuevas élites gubernamentales permanecen intocables. La balanza del árbitro se ha inclinado, rompiendo el principio moral de la horizontalidad.

Las denuncias de organismos de derechos humanos apuntan a más de 92,000 detenciones, miles de inocentes encarcelados sin juicio, hacinamiento extremo, torturas y muertes bajo custodia estatal sin atención médica.

El despertar de los anticuerpos: El auge de la lucha popular

El verdadero peligro para el modelo bukeleano no viene de las críticas internacionales, sino del despertar de su propia matriz cultural. Tras más de cuatro años de Régimen de Excepción, el aparato penal ha desbordado sus límites legítimos. Las denuncias de organismos de derechos humanos apuntan a más de 92,000 detenciones, miles de inocentes encarcelados sin juicio, hacinamiento extremo, torturas y muertes bajo custodia estatal sin atención médica.

Cuando el Estado de excepción deja de ser un escudo contra el pandillero y se transforma en una ruleta rusa donde cualquier joven de la clase trabajadora puede ser arrestado arbitrariamente, el poder comete un error fatal: agrede al núcleo familiar. En una sociedad nuclear igualitaria, tocar a la familia es romper el pacto de obediencia y activar la necesidad histórica de rebelión.

Por esta razón, estamos presenciando el **crecimiento geométrico e inevitable de la lucha popular en las calles**. Movimientos como el Bloque de Resistencia y Rebeldía Popular (BRP) y el Movimiento de Víctimas del Régimen (MOVIR) ya no responden a las viejas y desgastadas banderas partidarias; son auténticos frentes orgánicos de la sociedad civil. Liderados por comités de madres, esposas, sindicatos de trabajadores públicos despedidos y comunidades organizadas, este tejido social ha logrado unificar las dos grandes demandas del país bajo una consigna implacable: «seguridad contra estómago».

Este movimiento popular está creciendo porque apela directamente a los valores antropológicos del salvadoreño: la exigencia de dignidad frente al abuso y la certeza de que ningún «hermano» es más que otro. Las marchas ya no son protestas aisladas; son la manifestación de una sociedad que está perdiendo el miedo porque el Estado ha cruzado la línea roja de la supervivencia familiar y la justicia básica.

La encrucijada del futuro

En el exterior, el régimen salvadoreño goza de un poderoso «efecto espejismo». Ciudadanías de toda América Latina, asfixiadas por la delincuencia, aplauden el milagro de la pacificación sin mirar los costos humanos e institucionales que hay detrás.

Pero la sociología de las estructuras familiares nos enseña que el control comunicativo no puede soterrar indefinidamente los valores profundos de un pueblo. El Salvador se acerca a un punto de inflexión histórico. Cumplida la misión de erradicar a las pandillas, los ciudadanos han vuelto la mirada a su realidad cotidiana: el empleo, el costo de la vida y el derecho a que sus hijos caminen libres sin temor a los criminales, pero tampoco a la policía.

Si el régimen es incapaz de democratizar la economía y garantizar la justicia básica, la misma naturaleza libre e igualitaria que un día toleró al caudillo para que impusiera el orden, será la que alimente y masifique la resistencia en las calles. Al final del día, los pueblos que llevan la libertad y la igualdad en su patrimonio cultural pueden prestar su soberanía por cierto tiempo para resolver el caos, pero nunca, bajo ninguna circunstancia, la regalan para siempre.



«Dolor», ilustración de Óscar Soles

—Carlos Ábrego, escritor, ensayista y analista político salvadoreño radicado en Francia. Especialista en historia contemporánea de El Salvador.

—Offside—

Ovejas negras

Escribe: Matheus Kar



«Mal nacido», ilustración de Óscar Soles

En su célebre tarea de fabulista, Augusto Monterroso lega a sus lectores una de las críticas más corrosivas a la modernidad: «La oveja negra». Archiconocida, cliché, infaltable en el repertorio de las antologías esópicas, no escapa del vacío: se cita, se comparte, pero no se entiende. Las ovejas negras se multiplican, y los expertos en estatuas, esquelas y pésames de facebook también.

¿Qué dice «La oveja negra»? Tal vez la explicación sea más larga que la propia fábula. En cierto país una oveja negra es fusilada. Tiempo después, tal vez con el cadáver todavía fresco, el pueblo arrepentido le erige una estatua. «Así, en lo sucesivo, cada vez que aparecían ovejas negras eran rápidamente pasadas por las armas para que las futuras generaciones de ovejas comunes y corrientes pudieran ejercitarse también en la escultura».

Muchos detalles en tan poco espacio. La oveja negra, de la familia, de la sociedad, del país, de la historia. El típico tropo del mártir. De lo que no se aprecia en su tiempo. De la nostalgia ingenua. Y también de la comedia del tonto: el que no aprende la lección. O se niega a aprender. Pero lo trágico de veras es la zancadilla histórica: el fin de un periodo de esplendor político, la tentativa de la revolución, la interrupción de una obra extraordinaria… Es una crítica necesaria que, por temor a la censura y a ser pasado por las armas, el mismo Monterroso puso en boca del género favorito de Esopo.

En *Viaje al centro de la fábula* (1981), el escritor guatemalteco señala que los cuentos modernos carecen de ideas elevadas porque generan rechazo. El triunfo del realismo hispanoamericano después del modernismo supuso también el triunfo de lo grotesco y lo profano (*humilitas*) en detrimento de lo sublime y elevado (*sublimitas*). Inquieto y crítico, al igual que los autores del Barroco español, Monterroso encuentra en las fábulas la manera de recuperar ideas elevadas del *sublimitas* sin traicionar el *humilitas* hispanoamericano.

La inocencia de la fábula ora al bueno de Monterroso de cualquier susceptibilidad herida. «Si usted atribuye ideas elevadas a un animal, ligamos una pulga, los ctores sí lo aceptan, que entonces creen que trata de una broma y se ríen y la cosa elevada no les hace ningún daño, o ni siquiera la notan». Monterroso, siempre generoso.

Slavoj Žižek, en cambio, declararía que las jas comunes» pre-monterroso se pueden excusar con la clásica marxista «Sie wissen das nicht, aber sie tun es» («ellos no lo saben, por eso lo hacen»), pero las ovejas comunes post-monterrosianas no tienen excusa: «saben lo que hacen y aún así deciden hacerlo». Una actitud cínica frente a tiempos sin tradición epistemológica. Sin límites que respetar, sin límites que conservar, las «ovejas comunes» se saben culpables y odian los espejos negros que ponen sus defectos, sus desaciertos, sus cobardías, de frente. La oveja negra es ese espejo negro que las ovejas comunes se empeñan en romper porque no les gusta lo que les muestra. Dentro de las tradiciones epistemológicas no se puede alegar inocencia. De allí que el mundo moderno las rechace y abrace el relativismo. La rigidez no le gusta a los promiscuos ideológicos, a los incoherentes, a los cínicos.

Y acá viene quizá lo más interesante de la fábula monterrosiana, tal vez no a nivel del logos, pero sí de la retórica: el negro no es un color. El blanco, en cambio, al menos desde el punto de vista de la física, es la suma de todos los colores. Su identidad no es otra que la del camaleón. Para la oveja blanca, «la oveja común», diría Žižek, «esa distancia cínica, la risa, la ironía, son, por así decirlo, parte del juego. La ideología imperante no pretende ser tomada seriamente o literalmente». En estas sociedades, los que tienen ideas sólidas mueren. Los de ideales flexibles, sobreviven. Y por eso son las «ovejas comunes» las que entierran y erigen estatuas a las ovejas negras, *ad aeternum*.

La oveja de Madeira

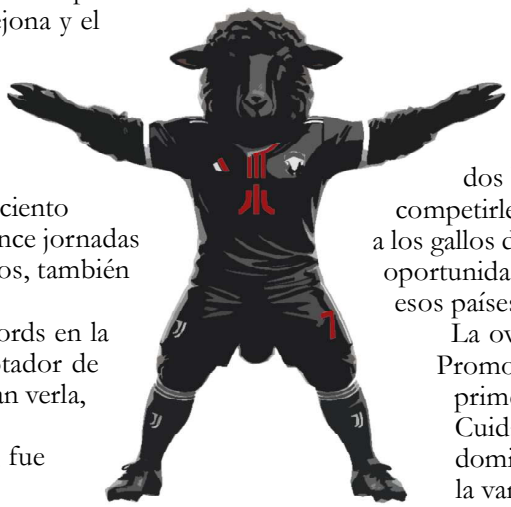
A mi hermano

En un país con tres mundiales jugados de diecisiete posibles, sin ningún título, existió una oveja negra que barría las calles de Madeira. Su padre tenía problemas con el alcohol y su madre trabajaba todo el día. A los ocho años comenzó a jugar en un club local. A los doce se mudó a otra ciudad, lejos de su familia. A los quince lo operaron del corazón y casi se retira. A los dieciséis debutó como profesional. A los dieciocho lo fichó un club inglés. A los diecinueve perdió la final de la Eurocopa que se jugaba en su país. A los veinte, en vísperas de un juego crucial, el entrenador le dio la peor de las noticias: su padre había muerto a causa de una insuficiencia hepática. Tres años más tarde, levanta La Orejona y el Balón de Oro. A los veinticuatro se convierte en el fichaje más caro hasta el momento. Lo gana todo con el club más grande del mundo. Y fue fusilada.

Se fue a Italia, marcó cien goles en ciento treinta y cuatro partidos. Anotó en once jornadas consecutivas y levantó algunos trofeos, también fue fusilada.

Regresó a Inglaterra, rompió récords en la venta de jerseys, fue el máximo anotador de su equipo, los aficionados solo querían verla, pero otra vez fue fusilada.

Le regaló una casa a su jardinero, fue fusilada.



Le declaró la guerra a la Coca-Cola, fue fusilada.

Encontró a la mujer que le regalaba hamburguesas cuando era pobre, fue fusilada.

Un tsunami devastó Indonesia, dejó cientos, miles de muertos. Veintiún días después, encuentran a un niño con la camiseta de la selección de la oveja. El país lo toma como un símbolo. Al año siguiente, la oveja viaja a Indonesia, paga la educación del niño hasta que se convierte en adulto. A los diecisiete, el niño hace una prueba en la academia de un club portugués. No se convirtió en profesional por una lesión en la rodilla, pero desde entonces Indonesia no puede sacar a la oveja de su corazón. Otra vez fue fusilada.

Clasificó a su selección a seis mundiales de seis posibles y a seis eurocopas de seis, le consiguió contratos millonarios, aficionados de otros países, le dio ciento cuarenta y seis goles, sus primeros títulos, una Eurocopa y dos UEFA Nations League, el orgullo de competirle de tú a tú a las águilas de Alemania, a los gallos de Francia, a los toros de España, y la oportunidad de que sus compañeros jugaran en esos países…, y otra vez fue fusilada.

La oveja negra se irá a dormir temprano. Promocionará las frutas y verduras. Será la primera y la última en irse del entreno. Cuidará de su familia. Se arrodillará los domingos. Marcará mil goles, y también la van a fusilar.

MRM: Movimiento Revolucionario del Mañana

A los que se fueron por la libre

«Mientras el gobierno hace un gran rollo para recordar a Asturias, olvida convenientemente a [Juan Francisco Solorzano] Foppa. Tal es la memoria retórica, ornamental, que nos están dando», escribió Maurice Echeverría la semana pasada. Es paradójico (aunque no sorprendente) que el gobierno le haya puesto más empeño a unas cenizas que a un cadáver todavía tibio. Es paradójico cómo la estatua de la oveja negra de hace cincuenta años sirve para olvidar el cuerpo de la oveja negra de hoy. ¿Cuándo entenderemos a las ovejas negras? Pero, sobre todo, ¿cuándo entenderemos a las «ovejas comunes», esas que celebran su memoria histórica y, al mismo tiempo, incumplen sus obligaciones con quienes defienden la sociedad en el presente?

La lista de ovejas negras es infinita. Su dinámica, su evolución, sin embargo, es muy parecida a la del trauma. En psicoanálisis, el sentido del trauma se construye retrospectivamente. *Nachträglichkeit*, lo llamaba Freud. En la clínica, la elaboración reorganiza la experiencia, la resignifica. Y tiene mucho sentido. El trauma, *grosso modo*, es no-saber, no lograr comprender qué está ocurriendo… Aunque el cuerpo, el espectro material, lo sufra. Las ovejas comunes no comprenden a la oveja negra mientras respira, necesitan que el tiempo les proporcione las categorías para procesarla. «No era el héroe que merecíamos, pero sí el que necesitábamos», «Oh, después de todo sí tenía razón», «Al final sí fue como dijo». A nadie le importó Foppa cuando Foppa vivía. La fetichización de su figura surgió hasta que lo envolvieron en una moña amarilla y cincuenta casquillos de bala.

No obstante, ya no se puede fingir inocencia. Según Slavoj Žižek, estamos en tiempos de «cinismo ilustrado»: ya pasó la época donde la gente necesitaba que un héroe ético «les abriera los ojos»; la población sabe que el sistema es corrupto, que sus líderes son promiscuos ideológicos, que se contradicen, pero actúa «como si no lo supiera», es más cómodo seguir consumiendo, fingiendo que se lucha, atacando instituciones hechas para ser atacadas o para poner la otra mejilla. Cuando surge una oveja negra que intenta romper con las malas prácticas, la población agacha la

cabeza. La oveja es reducida a una molestia traumática que amenaza la estabilidad de la falsa normalidad. La eliminación de la oveja negra es, entonces, la mentira que las ovejas comunes se cuentan para dormir tranquilas: «¡Otra vez estuvimos tan cerca! ¡Los corruptos nos volvieron a arrebatar nuestra última esperanza!».

Un claro ejemplo es el caso Epstein. La población se niega a aceptar que los artistas, los músicos, los políticos, los científicos, los intelectuales que idealizan, de «izquierda o derecha», muy seguro compartieron la misma habitación, la misma copa y hasta la misma menor de edad que el Tío Jeffrey. El pueblo tiene la oportunidad de encarcelar a toda la casta política de América, pero parecen más interesados en el asesinato de hamsters albinos con andropausia en la costa de Madagascar. ¡Pobres hamsters!

Hoy más que nunca son necesarios los héroes éticos, los intelectuales orgánicos, los faros morales, esos que conjuntamente definieron Gramsci, Eco y Paz, esos que son capaces de asumir las consecuencias de su deseo y de sus actos, esos que no buscan el aplauso contemporáneo, esos que actúan porque no pueden hacer otra cosa ante una verdad intolerable; esos que, sin abjurar de su propio movimiento, son capaces de criticarlo, no para su disolución, sino para su purga y mejora; esos que cuando ser justo y honrado tiene un precio, lo pagan; esos que cuando todos les dicen que piensen primero en ellos mismos, no tienen miedo de ponerse de último. Copio acá, a modo de estatua, las palabras del último intelectual orgánico que tuvo Guatemala, Mario Roberto Morales: «Muy joven aprendí que el ejercicio responsable del intelecto implica enunciar ideas desde una absoluta autonomía moral. También, que la autonomía moral supone el ejercicio de una voluntad irrestrictamente libre y creadora y que, siendo la libertad y la creatividad el distintivo esencial de la especie humana, este ejercicio conlleva reflexionar en razón de una solidaridad incondicional con nuestra especie, con su sobrevivencia digna y su derecho a desarrollar plenamente su libertad y creatividad.

»Concebir y ejercer así el oficio de intelectual orgánico, sólo admite poner el intelecto al servicio del interés general del pueblo, lo cual implica chocar con los intereses de clase de oligarquías, burguesías y siervos de las clases dominantes, incluidas las fuerzas que fingen estar a favor del interés popular pero que sólo persiguen sueños de bienestar individual y por ello son traidoras a sí mismas y a los conglomerados en cuyo nombre hablan, escriben y se movilizan. Este choque es violento, y así lo tiene que asumir el intelectual orgánico público y popular, pues no puede traicionar lo único que tiene, que son sus palabras.

»[...] El precio a pagar por ejercer la autonomía moral es no sólo la calumnia, sino las amenazas de muerte. Y la muerte. Pero la satisfacción y la paz que da la coherencia hasta el final… eso no tiene precio.»

En el cielo de tus ojos
—Tarek William Saab—

1
Aquella madrugada de niebla

fue cuando alce vuelo sin retorno

hacia ninguna parte

2
A lo lejos mi único equipaje era

este extraño brillo en los ojos

hoy iluminados por un secreto fulgor

3
Entonces ya sin ti
desaparecí

como el niño que
huye

y pierde a sus padres
en medio del río
invisible
cruzando solitario el desamparo

4
Así emprendí un largo viaje
a la cima de la desolación
y me lancé

al vacío

Abajo
más
abajo

caí a los fondos

5
Al cerrar los ojos quise mirar a lo alto

pero mi único techo

era el cielo infinito

de tu hermoso amor triste

(Caracas, 14 de diciembre de 2022)

—Tarek William Saab—

De la antología «Oración del niño soñando a su padre, de Tarek William Saab, La Chifurnia, El Salvador, 2026.

—Inocencia, sintaxis y olvido—

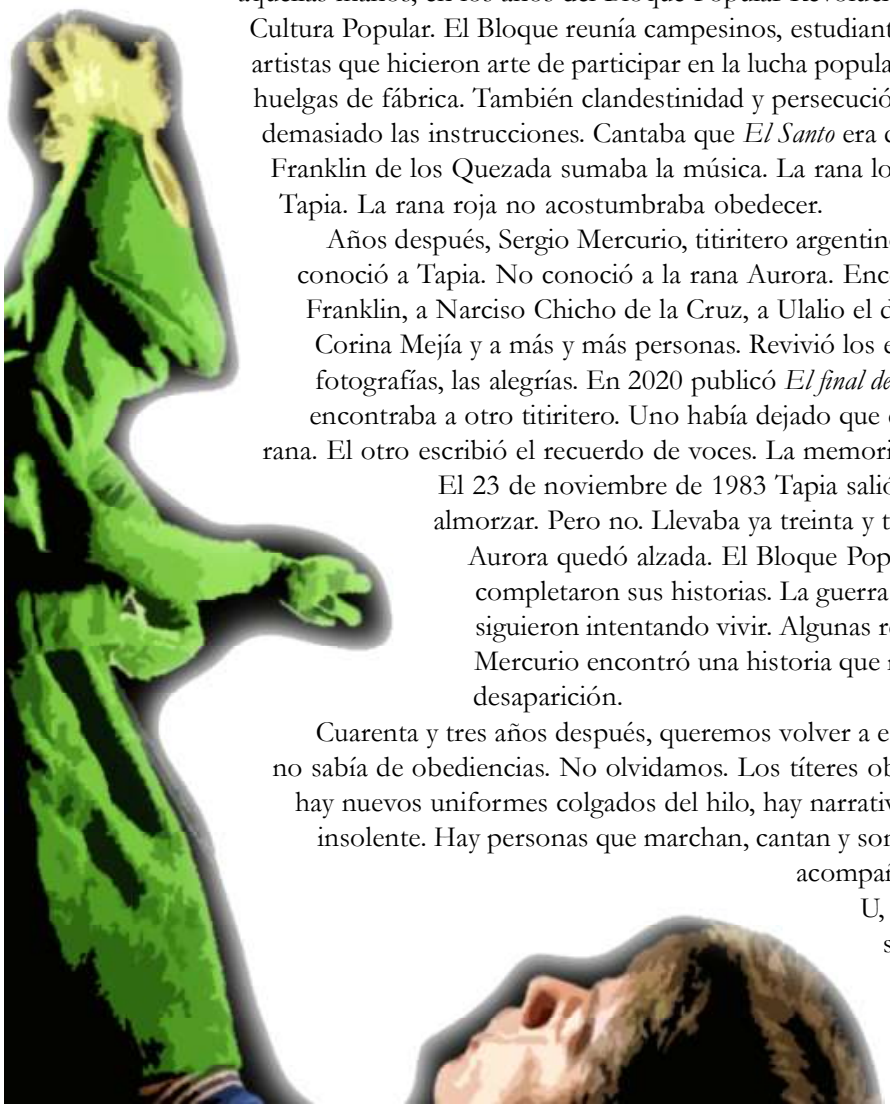
Desobediencia títere

Escribe: Rafael Paz Narváez

Había entonces militares que eran presidentes atentos a Washington, a su embajada, y a las familias terratenientes de empresarios. Avenidos en títeres, con uniforme de galones, pistola y algún discurso.

Pero en los años setenta nació una rana roja, con mechas amarillas. Aurora se llamaba. No tenía pistola, no tenía uniforme. Pero tenía una gran boca, como es natural de las ranas. Hablaba la muy insolente. Desobedecía. Pronunciaba irreverencia. Roberto Hilario Franco, Tapia, le compartió sus manos. Ella, la rana, elegía las palabras. Ella cantaba, alegraba, hacía reír. Las personas del pueblo se divertían. Había una huelga, una marcha, una sentada en la plaza, Aurora llegaba y cantaba. La plaza se alegraba de verla y escucharla. De hablar con ella. Ella se burló de los títeres con pistola. Relataba partidos de fútbol entre el pueblo y la oligarquía. Celebraba los goles populares. No siempre ganaban los mismos. El mundo seguía estando al revés y los piratas eran honrados.

Tapia nació en 1950, o quizás el 51. En la Escuela Libre de Teatro del Bachillerato en Artes estudió y eligió el oficio de los títeres. En esa convivencia aprovechó los días. Aurora nació de aquellas manos, en los años del Bloque Popular Revolucionario y del Movimiento de la Cultura Popular. El Bloque reunía campesinos, estudiantes y trabajadores. El MCP, artistas que hicieron arte de participar en la lucha popular. Canciones, teatrillos, plazas, huelgas de fábrica. También clandestinidad y persecución. Aurora no respetaba demasiado las instrucciones. Cantaba que *El Santo* era de nogal y pesaba. A veces Franklin de los Quezada sumaba la música. La rana lo llamaba, era Aurora, decía Tapia. La rana roja no acostumbraba obedecer.



Años después, Sergio Mercurio, titiritero argentino, encontró la historia. No conoció a Tapia. No conoció a la rana Aurora. Encontró a Donald Paz, a Franklin, a Narciso Chicho de la Cruz, a Ulalio el de los senderos de la U, a Corina Mejía y a más y más personas. Revivió los encuentros, las canciones, las fotografías, las alegrías. En 2020 publicó *El final de una aurora*. Un titiritero encontraba a otro titiritero. Uno había dejado que desde sus manos hablara una rana. El otro escribió el recuerdo de voces. La memoria vive de las manos.

El 23 de noviembre de 1983 Tapia salió de su casa. Volvería para almorzar. Pero no. Llevaba ya treinta y tres años. Lo desaparecieron. Aurora quedó alzada. El Bloque Popular Revolucionario y el MCP completaron sus historias. La guerra continuó. Las personas siguieron intentando vivir. Algunas recordaron. Otras escribieron. Mercurio encontró una historia que no termina con una desaparición.

Cuarenta y tres años después, queremos volver a escuchar aquella rana títere que no sabía de obediencias. No olvidamos. Los títeres obedientes cambiaron de manos, hay nuevos uniformes colgados del hilo, hay narrativas. Aurora se recuerda insolente. Hay personas que marchan, cantan y sonríen. La alegría se vuelve a acompañar de la desobediencia. Ulalio U, el títere, de vez en cuando, y siempre todavía, sigue en desobediencia.

La Aurora, como siempre, inicia el día.

El desaire de las botellitas

Escribe: Otoniel Guevara

Esteban el Grande no andaba ese día por Budapest, seguramente paseaba por la *Andrássy út*, rodeado de muchachas hermosas y árboles despeinados. Ese 14 de junio de 2021 la Eurocopa 2020 tenía programada su tradicional rueda de prensa previa al encuentro Hungría-Portugal. El primero en sentarse a la mesa fue el capitán luso, Cristiano Ronaldo. Su soledad le hizo pespuntear la mirada a sus alrededores, y descubrió una parejita de tórtolos acomodados al frente suyo. De pronto se enteró que no eran pájaros, sino dos envases de Coca-Cola, con la clásica presentación de sus útimas décadas. San Esteban, fundador de la nación húngara, coleccionaba hojas de colores en Pest.

El futbolista, a esa altura ya un archireconocido ídolo mundial, realizó un gesto que cambiaría levemente el eje de la tierra. Asió por el cuello a las sensuales botellas negritas y las desterró lejos de las cámaras, en un gesto que podría pensarse tan ingenuo como el de Mbappé cuando se le ocurrió comentar algo sobre un tal «dictador chino». Nunca sabremos si el astro de la camiseta siete tenía plena conciencia del escándalo que estaba gestando con ese movimiento, que además efectuó con cara de suegro al que le acaban de preñar a su quinceañera.

El portugués ya era célebre por su durísima disciplina deportiva, que incluye lo que le mete a su cuerpo, así que el asunto tenía mucha lógica, sobre todo que a continuación, como para proponer opciones contra la sed, levantó una botellita de agua e instó a los presentes a beber mejor del sagrado líquido, por su salud, faltaba más.

El caso es que ese desprecio fue transmitido a algunos millones de espectadores atentos a la conferencia. Luego se hizo viral. Ese día, la página de la Coca-Cola reportó pérdidas por cuatro mil millones de dólares, que para ellos no es ni la gran cosa, pero con todo y todo dijeron que esa pérdida de pesitos no fue causa del inesperado movimiento de botellitas en la reunión señalada, pero...

De inmediato ocurrió algo muy misterioso. La prensa mundial inició una campaña de desprestigio contra Ronaldo, empujada indiscutiblemente por el sangriento lobby sionista, que meses después pondría toda su alma en asesinar niños palestinos en Gaza. Cristiano duró más de un año en negociaciones con algunos clubes europeos hasta que le cayó el veinte que ahí no lo querían y partió hacia el mundo árabe, justo al modeto club Al-Nassr F. C. Sin embargo, la pasión por defenestrarlo no se quedaría ahí; la manipulación siguió y provocó que en el mundial 2026 se declarara una conspiración para boicotear su trayectoria, en la cual hasta el técnico e incluso sus compañeros de selección le traicionaron. Ante esta maloliente realidad, el CR7 decidió tirar la camiseta de la selección portuguesa, despidiéndose de todos con una emotiva carta que tuvo un alcance de más de 600 millones de reproducciones en las plataformas de la red en sus primeras horas.

Toda esa información y más está anda volando en redes sociales. Lo que muy pocos señalan es que todo es producto de aquel par de botellitas vilipendiadas, que insoló a los dueños del planeta y ante los cuales *el bicho* sigue impasible, dándo los mejores ejemplos a sus chiquillos, pasando el invierno con una bella mujer y administrando sus negocios con el rigor con que mantiene su atlética figura.

Yo, aparte de su juego, su pasión y sus goles (que ya van a superar los 1000 del cagón de Pelé y a los que nunca llegará el bobo consentido de la fifa), admiro su coherencia y su valentía. Y mi modesto homenaje será no volver a hartarme una pérfida CocaCola por el resto de mi vida, a menos que se me baje mucho la glucosa.

¡Siuuuuuu!

